



EL TERRORISTA

Alienación del héroe romántico

Francisco Javier UGARTE PÉREZ

Quien escribe este artículo tiene poco más de treinta años y no ha tenido vivencias claras ni bien definidas del régimen franquista. Por tanto, se enfrenta al terrorismo como algo contemporáneo con la democracia y que no puede encontrar legitimación desde esta forma de convivencia. Ve el terrorismo como un fenómeno extraño que intenta ser comprendido por la razón, pero que tiene difícil explicación y se escapa como un líquido entre las manos al intentar asirlo; de igual modo sucede con todo lo que es violencia ciega y gratuita e intenta ser racionalizado (¿Cómo «comprender» el holocausto judío?)

La primera tarea es separar el terrorismo, un acto violento, de otras formas de violencia; es decir, definirlo. Es evidente que las peleas o las revueltas callejeras no son actos de terrorismo porque carecen de la organización necesaria y de las reivindicaciones políticas que convierten al terrorismo en lo que es. Tampoco la guerra

tiene mucho que ver, pese a que consista en actos organizados de violencia de crueldad ilimitada. El objetivo de un ejército en guerra es la conquista de un territorio con todas las riquezas naturales y humanas que este territorio posee; un Estado que declara una guerra muestra que es un Estado en expansión que se moviliza a la luz del día. Sin em-

bargo, los grupos terroristas no desean adquirir territorios porque consideran que ya tienen uno, el suyo (en particular el terrorismo con aspiraciones nacionalistas). Su objetivo, al contrario de la guerra, es conseguir un Estado para ese territorio. Su modo de actuar se puede resumir en la siguiente frase: «Haz lo que yo quiero, o asume las consecuencias». Voy a llamar a esta frase el Imperativo Terrorista en sentido general. En sentido restringido el Imperativo se formula así: «Reconoce mi fuerza como la de un Estado en lucha». Ahora bien, ¿desde esta concepción puede el Estado ser terrorista? Sí, si lo consideramos desde la formulación general del Imperativo. Aunque el objetivo del Estado no sea el mismo que el de los grupos terroristas que se le oponen, puede actuar según el Imperativo Terrorista en sentido general para terminar por la fuerza con quienes se oponen al Estado por la fuerza. Grave error, porque el Estado no puede ser a la vez legítimo e ilegítimo, no puede justificarse por el cumplimiento de la ley y actuar contra la ley que los ciudadanos se dan a sí mismos. Incluso si tiene éxito a corto plazo, su funcionamiento recuerda al monstruo de dos caras, ángel y demonio Leviatán a la vez, bajo cuyo poder nadie puede sentirse seguro.

El Imperativo en sentido restringido se aplica característicamente a los grupos organizados que practican el terror dentro de un Estado y que son apoyados por una parte minoritaria de la población. El problema que plantea la relación con estos grupos terroristas es el respeto de unos derechos que exigen, y merecen, sabiendo que esto no se

***El Estado se justifica
por el cumplimiento de la ley
y no puede actuar contra la ley
que los ciudadanos se dan a sí mismos.***

traduce en igual respeto hacia la mayoría de la población que se les opone. Por una parte se presentan en las elecciones democráticas como grupos cuya cabeza política pide votos, y por otro actúan violentamente contra el sistema electoral negando representatividad a los partidos más votados. Esta conducta exige grandes dosis de paciencia a las instituciones democráticas porque supone jugar con las ventajas de la ley y la fuerza a la vez. De hecho, si alguna vez consiguen el poder es poco probable que utilicen los métodos democráticos para gobernar; no por casualidad se han acostumbrado a la efectividad fulminante de la fuerza. La democracia exige la negociación permanente de una cierta cantidad de derechos, deberes y el reparto de la riqueza, pero quien ha mantenido el Imperativo Terrorista no ha negociado porque ha hecho de la fuerza el instrumento de validación para sus ideas.

La cuestión a plantear es por qué unos determinados individuos deciden formar parte de un grupo terrorista, y por qué un porcentaje de población los apoya en lugar de elegir los métodos democráticos para conseguir sus aspiraciones. Son varios los aspectos que creo son importantes para responder a esta cuestión, pero voy a intentar hacerlo desde la perspectiva que considero interna al fenómeno terrorista. Es decir, la cuestión que voy a intentar responder es la siguiente: ¿Por qué un grupo humano puede llegar a concluir que no es legítimo un Estado democrático y sí lo es el uso de la violencia?

La argumentación que voy a seguir arranca de Hegel, el gran filósofo prusiano del Estado. Hegel, en la *Filosofía del Derecho* (1821), define las relaciones del individuo con el Estado. Para Hegel, el ser humano es el núcleo ético que se mueve y obra a través de la sociedad civil, pero sólo en el Estado se realiza su substancia racional en cuanto individuo. El motivo es que sólo dentro del Estado alcanza su libertad

concreta. Al igual que el ser humano tiende por naturaleza a formar parte de una familia, las familias tienden por naturaleza a formar parte de un Estado del que dependen, como todas las asociaciones humanas. Es más, el Estado se concibe como voluntad divina que se desarrolla como organización de un mundo. Así Hegel rechaza, por simplista, la doctrina del contrato social que hace depender el Estado de la voluntad de los ciudadanos. Aceptar esto sería convertir al Estado en una asociación más, susceptible de disolverse en cualquier momento; es una idea que sólo podía surgir de una sociedad mercantilista como la británica. Por el rechazo del contractualismo, Hegel no cree que la soberanía se reciba del pueblo porque el pueblo existe gracias al Estado; sin Estado el pueblo es una multitud desorganizada ignorante de sí misma y de sus capacidades y deseos. Con esta concepción también se rechaza la participación de los ciudadanos en todos los asuntos del Estado, al menos en los más importantes. El último paso de esta filosofía es divinizar el mismo Estado por representar lo divino en el mundo. Por todo ello, como creador de todas las voluntades individuales, potencia de las mismas y síntesis de todas las capacidades, el Estado no puede encontrar limitaciones en la moral ciudadana, entre otras cosas porque la moral también es recogida en su seno y desde el Estado se perciben sus limitaciones.

Las conclusiones de la filosofía política hegeliana pueden resumirse en estos principios: 1) un pueblo necesita un Estado porque sin él es una masa amorfa; 2) el Estado no se puede subordinar a los deseos de los individuos expresados en decisiones democráticas porque su dinamismo no puede depender de esas decisiones; 3) la moral que nos sirve para relacionarnos no se puede aplicar a los asuntos del Estado porque estos están por encima de la moral. La conclusión es que el Estado es la esencia de la totalidad de un pueblo y, como las esencias

Quien mantiene el Imperativo Terrorista ha hecho de la fuerza el instrumento de validación para sus ideas.

son realidades metafísicas, la esencia del Estado es ajena a los principios democráticos.

El siguiente paso en esta lógica nos lleva a Carlos Marx, discípulo izquierdista de Hegel. La parte de la filosofía marxista que me interesa aquí es la que interpreta el capital con sus leyes de acumulación y sus crisis como motor del proceso histórico en cuanto desencadenante de fuerzas que pueden llevar —o no— a la revolución. La primera idea a destacar es que algunas de las características que Hegel pone en el Estado, Marx las sitúa del lado del capital: tiene una dinámica propia y ajena a las voluntades individuales, carece de mecanismos colectivos y democráticos de control, existe al margen de la moral. La idea central del materialismo histórico es que el único sujeto de la historia es la sociedad en su estructura económica. Al comienzo de *Para la crítica de la economía política*, encontramos el famoso párrafo donde Marx reflexiona sobre la inmersión de todo ser humano en determinadas relaciones de producción independientes de su voluntad y que corresponden a un determinado grado de evolución de las fuerzas materiales. El modo de producción de la vida material es el condicionante del proceso político, jurídico, religioso y social. De ahí la frase: «No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino al contrario, su ser social es el que determina su conciencia». Con la división entre estructura económica, o infraestructura, y todas las formas de conciencia, o supraestructura, se hace de los fenómenos relevantes de la

¿Por qué un grupo humano puede concluir que no es legítimo un Estado democrático y sí lo es el uso de la violencia?

infraestructura la base para explicar todos los demás cambios sociales. La conclusión es que las ideas que dominan en una época histórica son las ideas de la clase dominante. Esta concepción marxista puede conducir a interpretar la democracia como un invento burgués para perpetuar la desigualdad en la distribución de la riqueza; por tanto como algo sin valor intrínseco. Puede incluso analizarla como una forma de violencia encubierta para mantener constantes las formas de producción económica. Pero tanto si estas lecturas se mantienen como si no, lo cierto es que el marxismo considera que no son los sujetos quienes emplean los medios de producción, sino los medios de producción quienes los emplean a ellos para seguir permanentemente con el proceso de acumulación continua del capital.

Debajo de la interpretación marxista se pueden sacar algunas conclusiones pertinentes para el tema: 1) la democracia es un invento burgués que sirve a la clase que lo ha creado escondiendo las formas de injusticia social; 2) la base de la sociedad y de la historia son las relaciones de producción sobre las que se monta el conjunto de ideas válidas (como los Derechos Humanos); 3) la base de lo real son unas formas de acumulación del capital que están por encima de la voluntad de los individuos y sólo respetan las decisiones democráticas en cuanto que no alteran su incremento constante. Las dos filosofías coinciden en hacer de la democracia algo secundario respecto a cuestiones centrales que se difuminan bajo la retórica de la igualdad de los individuos ante la ley.

Pero mostrar estas herencias no es suficiente aún para desvelar los mecanismos del terrorismo. El siguiente paso es ponerlo en relación con el nacionalismo, con los movimientos políticos que convierten la nación en el argumento central con el que se presentan a unas elecciones y sobre el que basan sus programas políticos. La identificación entre nacionalismo de una región o territorio y grupos terroristas es fácil de realizar, pero me parece insuficiente como base teórica para juzgar el terrorismo. A mediados de los años noventa hay ejemplos que niegan la conexión necesaria entre ambos fenómenos: existe nacionalismo sin terrorismo (Quebec, Liga Norte italiana), terrorismo sin nacionalismo (Baader-Meinhof, Brigadas Rojas, Grapo) y ambas cosas juntas (IRA, ETA). Pero aunque no creo que, hegelianamente hablando, todo pueblo necesite tener su propio Estado para ser pueblo, tampoco creo que los movimientos nacionalistas sean el caldo de cultivo del terrorismo. El motivo es que la mayoría de los nacionalismos respetan las decisiones democráticas, tanto cuando les supone un aumento de poder como cuando se traduce en su disminución. Esa base democrática es la que está ausente en los grupos terroristas, quienes no creen que un escaso apoyo electoral reste ninguna legitimidad a sus pretensiones. Los grupos terroristas —perdón por la obviedad— no son democráticos, los partidos nacionalistas sí lo son, más o menos en la misma medida que el resto de los partidos políticos.

Acostumbrados a democracias en que los partidos defienden intereses económicos y modelos de sociedad y moral, puede resultar extraño ver partidos que defienden territorios y formas de vida propias de esos lugares. Pero al fin y al cabo, además de una forma democrática legítima, de lo que se trata es de extrañeza ante lo que no ha sido habitual hasta el momento. Sin embargo, existe la impresión común de que algo tienen que ver los nacionalismos con el terro-

rismo en aquellas zonas donde ambos coexisten. Mi idea es que este parecido tiene más relación con el aspecto romántico del nacionalismo que con el nacionalismo en sí. En concreto, mi tesis es que una concepción romántica de la vida y los valores sí tienen conexión con el terrorismo, y sólo en la medida en que el nacionalismo tenga una base fuerte en esos principios puede afirmarse una conexión indirecta (la directa tiene que ver con lo que hacen en cada momento los dirigentes de los partidos nacionalistas).

Cuando menciono el aspecto romántico me estoy refiriendo a los valores e ideas surgidas a finales del siglo XVIII y principios del XIX en Europa y que se agruparon bajo el nombre de Romanticismo. Las ideas románticas tuvieron una fuerte implantación en algunas filosofías como la de Hegel, que ya hemos visto, cuando concibe la historia como un proceso necesario en que la Razón infinita se manifiesta y realiza a sí misma. El movimiento romántico tiene vertientes artísticas que defienden la idea de infinito como sentimiento, actividad libre, y que se agrupan bajo el *Sturm und Drang*. La otra vertiente es filosófica y concibe el infinito como razón absoluta que se mueve de manera necesaria de una etapa a otra siguiendo una lógica inamovible; es la interpretación que domina en Fichte, Schelling y Hegel.

El Romanticismo tiene dos características que son compartidas en buena medida por las vertientes artística y filosófica. La primera es el tradicionalismo; frente a la crítica ilustrada al pasado como fuente de errores y prejuicios, el romanticismo reconoce lo bueno de cada momento histórico y así valora el pasado en todos sus acontecimientos. Además el pasado contiene las claves del presente y del futuro, por lo que es preciso conocerlo y valorarlo positivamente. Esto último quiere decir que las instituciones nacidas en un tiempo remoto (la Iglesia), o cercano (el Estado), tienen un valor específico que debe ser preservado a toda

costa. El paso del tiempo legitima su existencia y ha contribuido a perfeccionarlas mucho más que cualquier especulación teórica del mejor filósofo. El tiempo es el gran afinador de las cosas. De esta manera se valora positivamente hasta el pasado más bárbaro de los pueblos como momento creador de su carácter y fortaleza. Así no es extraño encontrar fuertes asociaciones entre algunas de estas instituciones tradicionales y los partidos nacionalistas.

El otro aspecto relevante y relacionado con el tradicionalismo es el nacionalismo. El nacionalismo surge al desplazar el campo de reflexión desde el concepto de «pueblo», que implicaba un conjunto de individuos con deseos comunes, al concepto de «nación» que se define en términos de elementos como la lengua, la raza, la religión, el derecho consuetudinario. Como es lógico, en la concepción nacionalista los individuos que forman una nación deben vivir juntos puesto que tienen origen y destino común.

También deben gobernarse a sí mismos porque de otra manera se produciría una opresión por parte de otra nación que controlaría las instituciones locales y ejercería un poder injusto sobre la nación dominada. Todos los elementos que caracterizan una nación son ajenos a la racionalidad y no precisan demostración puesto que tienen la evidencia y solidez de las cosas naturales. Los partidos nacionalistas no deberían incluir la defensa de esencias místicas en sus programas y proclamas, no al menos según el na-

***Hoy puede parecer extraño
que algunos partidos defiendan
territorios y formas de vida
en lugar de modelos de sociedad.***

cionalismo romántico y antidemocrático. Si lo hacen se acercan peligrosamente a la ideología de quienes usan la fuerza en sus territorios. Que alguien quiera después identificar ambas no debería causar sorpresa.

Además del tradicionalismo y del nacionalismo es conveniente mencionar la rebeldía ante lo real. Fue un elemento que tuvo una importancia secundaria en el momento culminante del Romanticismo, pero que se reveló importante cuando la concepción romántica perdió fuerza y sólo se mantuvieron algunos de sus rasgos dispersos. La rebeldía no era un elemento teórico de primera magnitud, pero en cuanto posición ante lo real fue algo habitual entre quienes se declaraban seguidores del movimiento. La rebeldía es la consecuencia de defender un infinito como idea o como esencia frente a una realidad finita considerada pobre porque no representa al infinito. La rebeldía también es el intento de saltar por encima de reglas coercitivas para el genio individual y para la acción del individuo. Es una actitud paradójica porque dentro del movimiento no se puede juzgar una realidad como superior o mejor que otra. Por ello la actitud de rebeldía tendió a traducirse en un inconformismo genérico con lo real, pero incapaz de poder terminar con hechos que la tradición había avalado.

La actitud de rebeldía fue incluso duramente atacada por filósofos como Hegel en el momento fuerte del Romanticismo. Este filósofo niega la capacidad del individuo para oponer sus deseos a la objetividad representada en lo real. Desarrollaré esta ar-

***Los elementos que caracterizan
una nación son ajenos
a la racionalidad y se les atribuye
la solidez de las cosas naturales.***

gumentación porque creo que afecta directamente al tema del terrorismo. En la *Fenomenología del espíritu* (1807), Hegel incluye un apartado sobre la Razón en que define como «ley del corazón» la situación de la persona que pone su concepción del bien como visión válida del bien para toda la humanidad. Justificado en sus pretensiones por la universalidad, el individuo hace todo lo posible para realizar su ley del corazón enfrentándose a la realidad si es preciso. El individuo que sigue la ley del corazón cree que la humanidad vive en un estado desventurado, injusto, y que es incapaz de reconciliarse con lo universal. Además es una humanidad que desconoce también la felicidad de la transgresión. Entonces surge la figura del héroe romántico como individuo que está dispuesto a transgredir y a sacrificar su vida para realizar su propia ley del corazón, una ley de la que está seguro como de pocas cosas en la vida y que la mayor parte de la humanidad está empeñada en ignorar (incluso produce burla). No importa que la mayoría esté de acuerdo en una cosa porque su acuerdo es un equívoco de base; la mayoría es ignorante del mejor camino para su bienestar y desconoce la importancia que tiene realizar la universalidad de la ley y la justicia.

El héroe romántico acude entonces a formas de reclamar la atención de la comunidad hacia el bien que propugna. Puede elegir el campo del arte y expresar a través del sentimiento sublime y las emociones el camino correcto a seguir; es el caso sobre todo de los escritores. Puede escoger su propia vida como obra de arte modélica para oponerse a la fealdad imperante; es el caso de los dandis. Puede escoger la política para reivindicar desde los parlamentos o periódicos el bien que intenta mostrar a su comunidad; los ejemplos son numerosos. O también puede decidir que la realidad es incapaz de reaccionar ante ninguno de los medios anteriores, que además requieren algún talento, y que el único recurso eficaz es la violencia, la con-

moción de los golpes de mano. En estado de alienación interpretará la sociedad como un equilibrio solapado de violencias que existen justamente para impedir que su ideal de justicia se pueda realizar. Contra la violencia desplegada para impedir el triunfo de su causa, él actuará con violencia. Su mayor problema es que no existan víctimas que pueda mostrar para justificar sus asesinatos; si carece de ellas acudirá a una lógica que intentará identificar la negación de sus ideales con el crimen, para así poder perpetrar los suyos. Pero la identificación es conceptualmente muy difícil porque va contra la semántica usual de los términos, y el proceso tiene que perder fuerza si carece de víctimas que pueda santificar.

El héroe romántico cae en la alienación cuando impugna desde su mundo subjetivo la objetividad que le rodea y carece de argumentos para legitimar sus actos. Esto precisa una aclaración. Lo alienante no es el hecho de impugnar la totalidad, porque esta es una postura que en la historia ha dado numerosos resultados fructíferos. El problema viene cuando la ley del corazón usa medios no consensuados para conseguir sus objetivos y carece de argumentaciones sólidas para avalar sus actos. La alienación es la caída en un mundo interior con un lenguaje propio que la comunidad no puede comprender porque usa uno distinto, y es de presumir que en una democracia se trate de un lenguaje argumentativo. La alienación es la imposibilidad de mostrar la bondad de los proyectos cuando para mostrar lo conveniente se acude al mal, al terror inargumentado. De hecho el terror es la ausencia de lenguaje porque es la ausencia de referentes semánticos. Con cada acto de terror es una sola frase la que se pronuncia: el Imperativo Terrorista en uno u otro sentido. Sin embargo el héroe romántico del arte, el pensamiento o la vida crea un lenguaje propio, o enriquece el que ya existía con su forma de ver el mundo y defender su sensibilidad. Su figura es inseparable de la historia de Occidente; seríamos

otros si no reconociéramos esta capacidad. Pero la alienación del héroe romántico no enriquece el lenguaje sino que lo empobrece al ignorar los cauces creativos y fundar en un sólo acto, que admite pocas variaciones, la riqueza de su mundo. Toda la capacidad hermenéutica se reduce a una sola interpretación enunciada en tono imperativo.

La misma filosofía de Hegel afirma que la ley del corazón no tiene límite en sus pretensiones porque si consigue triunfar no por ello se da por satisfecha. El éxito supone la universalización de lo que era ley individual, pero con la objetividad viene el extrañamiento. Lo que tiene delante no lo reconoce como propio por las transformaciones que ha sufrido, ya que para poder alcanzar la universalidad pierde lo que tenía de más subjetivo. Vive pues una paradoja que se convierte en contradicción cuando niega que lo real sea producto suyo, y ante la paradoja la salida más usual es negar la contradicción. La universalidad de la ley del corazón también produce mal, un mal que no puede ser reconocido como propio y que se arroja fuera poniendo la causa de su existencia en otros a quienes se acusa del nuevo mal en el mundo; esta es la salida de la contradicción. La consecuencia es un proceso incesante de negación del mundo, aspiración a la universalidad y negación de la objetividad como producto propio. La demencia o la alienación aparecen en cualquier momento del proceso como pérdida de valores objetivos y caída en la peor de las subjetividades, la que es sólo silencio o ruido infernal.

***Los partidos nacionalistas
no deberían incluir la defensa
de esencias místicas
en sus proclamas.***

El problema para las sociedades democráticas es que el caos de la violencia se intenta presentar bajo los ropajes del heroísmo romántico, a menudo con éxito. Los terroristas intentan convencer de que son héroes en lucha contra fuerzas superiores opresivas, y así reclaman la simpatía de la población ante la desigual fuerza entre David y Goliat. Es posible que no consigan la simpatía de quienes padecen sus acciones, pero la población de otros países puede quedarse con la interpretación romántica, ya que no paga ningún precio en sangre por mantenerla. La prueba del éxito de esta presentación es que muchos estados acogen como asilados políticos a quienes nunca han hecho política ni se han molestado en argumentar públicamente sus elecciones. Parece dar igual la existencia de democracia en los países de donde proceden, reciben el estatuto de refugiado político e inmediatamente consiguen la simpatía al presentarse como débiles y oprimidos. Por lo general son también personas cultas, como es fácil suponer de quien defiende la ley del corazón: un ignorante no está en condiciones de impugnar ninguna totalidad. Así su carta de presentación es la de minoría culta que tiene que marcharse de su país porque no son respetadas sus ideas en un sistema que en el fondo es opresivo (minorías a menudo formadas tanto en el hegelianismo de derecha como de izquierda).

¿Qué solución cabe para un problema tan difícil? Difícil porque juega con valores esenciales en occidente que por nada querríamos ver desaparecer: la libertad de conciencia, el derecho a la disidencia, el asilo político. En la argumentación que he seguido en este ensayo la formación del terrorismo obedece al menos a dos valores fuertes de la concepción romántica del mundo, y a un dinamismo también fuerte de la ley del corazón. Puesto que estos valores se han generado en el campo del arte y del pensamiento creo indispensable que estos campos provean

de modulaciones claras que permitan separar al héroe romántico de su figura alienada. Creo necesario mantener la figura del héroe romántico, pese a sus contradicciones, pero es preciso separar lo que es cada cosa. No podemos hacerlo porque no sabemos las caras que puede tener cada figura de la historia en el futuro; hay que hacerlo en cada momento, viendo la lógica de los procesos y las dificultades que nos crean para vivir.

Es preciso que la filosofía y el arte encuentren desarrollos que muestren las facetas que los terroristas en su lenguaje mínimo no podrían ni querrían mostrar. La propuesta consiste en pormenorizar el dolor y las contradicciones de esa forma de vida para quienes la siguen, y en desmitificar su tarea. No hay que hacerlo mediante la denostación o la queja, sino mediante análisis y propuestas. La filosofía tiene mucho que decir, pero quien ha escrito este ensayo pertenece a ese campo y precisamente por eso es consciente de la gran importancia que tiene la creación estética. El arte es la manera de ligar el sentimiento con la razón para anudar nuevas e insospechadas experiencias de vida. El arte es capaz de crear alternativas a aquello que en este momento provoca un dolor incomprensible para quienes han crecido y se han formado intelectualmente con los valores democráticos. La literatura, la pintura, la música y el cine pueden proveer visiones nuevas del mundo cotidiano que muestren la lógica y la sensibilidad de las formas más ocultas de vida.

El terrorista es demoníaco en el sentido kierkegaardiano del término: no sólo porque genere el mal, sino porque vive oculto ante los demás seres humanos. El arte y la filosofía deben llevar la luz a esa existencia demoníaca para que al menos una de las caras del mal, la oscuridad, desaparezca. Si lo desconocido se vuelve visible, es posible que el otro aspecto del mal, el dolor, pierda intensidad y pueda llegar a desaparecer.